

Algunas observaciones sobre el carácter ético en la época de la técnica moderna

Some observations on the ethical character in the era of modern technique

Henry J. Escobar García¹

Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium
Cali, Colombia

Resumen: Este artículo tiene como objeto pensar sobre el carácter ético en la época de la técnica moderna. Para explicar esto, se ha tomado como referencia el concepto heideggeriano de serenidad como una invitación a pensar el ethos inquietante de la desmesura de nuestros tiempos. De esta forma, en primer lugar, se define el concepto de serenidad siguiendo la línea de análisis introducida por el Klaus Held. En segundo lugar, se explora el concepto de voluntad, voluntarismo y cómo se dan las condiciones para pensar lo infinito que luego se transformará según Held en la posibilidad de la desmesura y finalmente, en tercer lugar, reflexionar sobre los retos y desafíos de una ética de la serenidad.

Palabras clave: serenidad, desmesura, tecnología, voluntarismo, ética.

Abstract: This article aims to think about the ethical character in the era of modern technology. In order to explain this, we have taken as a reference the heideggerian concept of serenity as an invitation to think about the disturbing ethos of the disproportion of our times. In this way, firstly, the concept of serenity is defined following the line of analysis introduced by Klaus Held. Secondly, the concept of will, voluntarism and how the conditions for thinking about the infinite are given, which will later be transformed, according to Held, into the possibility of excess, and finally, thirdly, reflection on the challenges of an ethics of serenity.

Keywords: serenity, disproportion, technology, voluntarism, ethics.

La creciente falta de pensamiento reside, por ello, en un proceso que corroe el más íntimo meollo del hombre actual. El hombre actual está en fuga del pensar. Esta huida al pensamiento es la causa de la falta de pensamiento. Pero a esta fuga corresponde también el hecho de que el hombre no quiere verla ni confesarla. El hombre de hoy llegará a negar rotundamente esa fuga al pensamiento.

Martín Heidegger. *Serenidad*

¹ Profesor tiempo completo del programa de la licenciatura en filosofía de la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium. Correo electrónico: hescobar@unicatolica.edu.co

Este texto tiene como objeto pensar sobre el carácter ético en la época de la técnica moderna. Para ello, se ha tomado como referencia el concepto heideggeriano de serenidad como una invitación a pensar el *ethos* inquietante de la desmesura de nuestros tiempos. De esta forma, en primer lugar, se define el concepto de serenidad siguiendo la línea de análisis introducida por el Klaus Held. En segundo lugar, se explora el concepto de voluntad, voluntarismo y cómo se dan las condiciones para pensar lo infinito que luego se transformará según Held en la posibilidad de la desmesura y finalmente, en tercer lugar, reflexionar sobre los retos y desafíos de una ética de la serenidad.

¿Es posible una ética que reflexione sobre el carácter inquietantemente desmesurado que ha adoptado la técnica en nuestro mundo moderno? Al parecer es la invitación que nos hace Klaus Held (2012) en “La serenidad como virtud de la época técnica”, en el capítulo decimo de su libro *Ética y política en perspectiva fenomenológica* en el que vislumbra la posibilidad de ofrecernos algunos elementos de juicio para responder a semejante pregunta. Así, meditando sobre la idea de serenidad (*Gelassenheit*) de Heidegger y contrastando con la literatura que se ha escrito en torno al pensador alemán en la que una y otra vez se encuentra “la objeción de que su pensar no contiene una ética” (Held, 2012: 235).

Held desea “sostener que con la idea de que nuestra época requiere de la serenidad, Heidegger ha hecho de todas formas una directa alusión de carácter ético” (Held, 2012: 235). Esta alusión a la idea de serenidad “puede ser caracterizada como ética solamente si la serenidad es entendida como una virtud en el sentido de la ética europea antigua” (Held, 2012: 236); es decir, en el sentido como lo pensaron en su momento Platón y Aristóteles.

De modo que, en su perspectiva de dilucidación en torno a la idea de serenidad, Held elige la virtud de la mesura, *sophrosýne*, la “sensatez” como el punto medio entre los sentimientos de deseo y desgano, los cuales tienden a dirigirse hacia los extremos. “Debido a que nuestros sentimientos son *páthe*, es decir ‘algo’ que nos acaece, debemos contar con la posibilidad de que ellos cambien en el transcurso de la historia, y debemos estar dispuestos a adaptarnos a este cambio a través de las nuevas virtudes o de un nuevo tipo de variante de la antigua virtud de la *sophrosýne*” (Held, 2012: 235). Con lo anterior el autor nos muestra un camino para comprender la idea de serenidad como virtud en la época técnica.

En la época de la globalización uno de esos sentimientos que nos acongoja es el temor a las consecuencias de la técnica para el medio ambiente. La posibilidad –nos dice Held– de transformar el mundo con los medios de la técnica moderna produce hasta ya adentrado el siglo XX un entusiasmo por el crecimiento y el progreso. Pero a medida que se acercaba el final del siglo XX con mayor fuerza el entusiasmo se convirtió “en temor de los hombres por el entorno natural [dadas] las devastadoras consecuencias de la transformación técnica del mundo; un temor que conmociona tanto que desde entonces el mundo parece, en lo fundamental, diferente al de antes” (Held, 2012: 236). Lo cual explica el carácter acuciante de la pregunta de Held al cuestionarse en qué reside la esencia de esta desmesura.

Para responder a esto, Held no seguirá el camino ya recorrido por Heidegger en “La pregunta por la técnica”. En lugar de esto nos recuerda “cómo el voluntarismo del Medioevo tardío sirvió de preparación a la ciencia natural moderna” (Held, 2012: 238). De modo que para mostrar este proceso histórico se remonta hasta los inicios del pensamiento griego exponiendo con ello los orígenes de la ciencia de la naturaleza y, por otra parte, también cómo la técnica hacía parte de las producciones del mundo cotidiano de griegos y romanos. No obstante, la *téchne*, es decir, “el conocimiento que nos rige en la elaboración o producción de algo, no tuvo hasta llegado el alto Medioevo alguna relación fundamental con la *epistéme*, con la “ciencia” [pues] el tipo de conocimiento que caracterizaba a la *téchne* era diametralmente opuesto al tipo de conocimiento que caracterizaba a la *epistéme*, el cual Aristóteles denominó como “*teoría*”. Cabe recordar que “*teoría*” fue originariamente una contemplación espiritual” (Held, 2012: 238), una apertura hacia la constitución esencial del ente, tal como lo deja sentado Platón en el *Timeo*; así las *idéai*, o *eide* son los arquetipos, *paradeigmata*, con el que se configurará el cosmos, al ser contemplado espiritualmente. Arquetipos que luego serán interpretados por el neoplatonismo como ideas en el espíritu de Dios y que posteriormente en la concepción medieval “se concibe que Dios se rige por estos arquetipos en la creación de nuestro mundo y de esta manera otorga al cosmos su bello orden”. Por ello, en virtud de que el Dios de Platón y del neoplatonismo piensa ideas eternamente inmodificables del orden del mundo, su rasgo predominante es la razón, el ‘conocimiento’, el *intellectus*.

Así, de modo diferente a la concepción hebrea y platónica, lo que caracteriza al Dios bíblico es su voluntad, *voluntas*. En la que Dios quiere lo mejor para su pueblo elegido. Esta voluntad “empieza ya con el hecho de que él quiere que el mundo *sea* y que sea bueno. De esta

manera, Dios llama el mundo a la existencia a través de su poderosa e infinita palabra creadora, de su *fiat*” (Held, 2012: 239). Caso contrario al mundo clásico griego en el que no se habló acerca de la voluntad de Dios, como tampoco la ética aristotélica conoció la “voluntad” en el sentido latino de *voluntas*.

En efecto, al subordinar la omnipotencia de Dios a la idea de su voluntad divina se cae en el escollo del voluntarismo, el cual es a juicio de Held “la raíz más profunda de la ‘tecnificación’ inherente a la naciente ciencia moderna” (Held, 2012: 239). Así, “a causa de su poder ilimitado, la voluntad de Dios no está ligada a un orden comprensible para nosotros (...) [y por ello] (...) nos será imposible entender a través de la teoría algo de los pensamientos de Dios” (Held, 2012: 239). Esto trae como consecuencia que el voluntarismo conduzca “hacia una inseguridad radical del pensar”. Esto a su vez, nos conmina a “la tarea de buscar un nuevo tipo de seguridad para nuestro conocimiento” (Held, 2012: 239).

Frente a esta cuestión tanto Lutero como Descartes intentaron cada uno por su lado encontrar algún tipo de suelo firme mediante el cual apoyar sus propias meditaciones. En el caso de Descartes, por ejemplo, esto está condicionado por la búsqueda de una certeza sobre cuyas bases pueda ser fundado el sólido edificio de la ciencia, pues a juicio del filósofo francés, las ciencias deben “descubrir todas las vías por las que pueda elevar su conocimiento hasta el grado más alto que pueda alcanzar” (Descartes, 2003: 90). Ahora bien, esto no cambia a juicio de Held “el carácter de fiel imagen de Dios que posee el hombre gracias a la infinitud de su voluntad. Con la infinitud de la libertad de su *voluntad* el hombre trasciende de la infinitud de su *conocimiento*” (Held, 2012: 241). Así lo pone de manifiesto el mismo Descartes cuando sostiene en la cuarta de sus *Meditaciones*: “debido a que el alcance de la voluntad, en razón de su poder que se asemeja al divino, sobrepasa el alcance del entendimiento que conoce, el hombre puede llegar a querer más conocimientos del que es él capaz de conocer. Esta discrepancia entre la finitud del entendimiento y la infinitud de la voluntad explica la posibilidad del error en el conocimiento” (Held, 2012: 241). De manera que la pregunta guía que se hace Held a lo largo del texto ¿en qué medida el espíritu de la técnica tiene algo desmesurado? se pueda plantear ahora al conocimiento científico de la época moderna, ya en sí mismo tecnificado. El punto de referencia más importante –nos dice Held– para responder a esta pregunta está en el hecho de que el voluntarismo continuó con la convicción medieval de que el hombre es la imagen de

Dios. Este carácter de imagen que posee el hombre solamente se traslada desde el ámbito del conocimiento al ámbito de la voluntad.

El poder de Dios es ilimitado “porque su voluntad creadora no tiene fronteras y, en consecuencia, es infinita. El espíritu de la invención propio del ingeniero, que diseña e inventa planos de construcción libremente creativos de acuerdo con lo que Dios hubiera podido construir el mundo, nos hace semejantes a Dios” (Held, 2012: 241). En este sentido el hombre mediante el recurso de la ciencia y la técnica tiene una voluntad infinita de modelar y producir en parte, al mundo mismo. El poder de la *voluntas* se desborda en lo infinito y con ello, la desmesura en el ámbito de la técnica moderna. En efecto, para Held la posibilidad de pensar el infinito es un tipo de desmesura que la humanidad no había conocido hasta entonces. Puesto que:

Solamente lo que es finito puede tener una medida y todo lo que carece de medida, contra lo cual los hombres tuvieron que luchar en su esfuerzo ético tradicional por lograr una actitud moderada, se mantuvo en el marco de las posibilidades finitas. Solamente la irrupción en la infinitud supera toda medida finita y exige una medida de un tipo nuevo (Held, 2012: 245).

Pero ¿cómo puede ser posible hallar una medida para una aspiración hacia lo infinito? Para intentar responder a esto, Held trae a colación las ideas de carácter ético que posiblemente puedan interpretarse de la reflexión hecha por Heidegger en torno a la serenidad (*Gelassenheit*) en la época de la desmesura de la técnica. Para Heidegger la serenidad consiste en evitar el dominio de la voluntad cuando uno desea o quiere algo. En este sentido, con la serenidad se pone de manifiesto la posibilidad de explorar los límites a la actividad del querer. Puesto que cuando uno hace objeto de su querer a algo hay la tendencia a ir por más y por ello, a la prolongación del “yo quiero”. Esto –nos dice Held– no es nada más que la forma estereotipada de la pregunta: ¿tenemos un chance de llegar más allá, históricamente hablando, de la época del dominio de la voluntad, es decir, de la época de la técnica?

Por otra parte, podría parecer que con “la serenidad ya no se haría más referencia al concepto de virtud” (el propio Heidegger evita este concepto) ya que ciertamente, la virtud de la que nos habla Aristóteles no era aún el resultado de un acto de voluntad, sino más bien del resultado de unas actitudes, es decir de las elecciones (*proairesis*) que un hombre puede tomar a través del curso de una acción. De manera que “si por serenidad se entiende de manera radical

“el no querer”, parece como si no fuera posible hacer algo para el surgimiento [del querer] ni tampoco fuera posible ser partícipe de un querer inocente prevoluntarista” (Held, 2012: 248).

En contraste con esto, Held señala que hoy desde la perspectiva de nuestro pensamiento moderno de la voluntad tenemos una imagen estrecha de la “acción” que conduce al surgimiento de una actitud virtuosa: adquirimos tal actitud a través de la costumbre. En otros términos, toda acción orientada a una actitud virtuosa está situada en un proceso de formación de hábitos: la práctica entonces hace al maestro. Lo cual, en parte desentona con el modo de pensar de la moral moderna, la cual gira en torno a la fundamentación de normas y no de hábitos. Así esto, también se ajusta a la idea de mesura requerida en la época técnica: “Solamente en una determinada situación, en la que se trata de una concreta intervención técnica en lo previamente dado, se puede encontrar el justo medio entre progreso y conservación” (Held, 2012: 248).

Cabe anotar que la *eudaimonía*, la felicidad para Aristóteles no se refiere al máximo de confort alcanzado en la vida sino a la apertura a las posibilidades que nos ofrece la vida misma, siempre tendiendo a un punto medio, a un equilibrio, como si el secreto mismo de la felicidad fuera la mesura: ni tan pobre que me faltaran los medios económicos de subsistencia y por ende, me convirtiera en esclavo de mis propias necesidades; Ni tan rico que no sepa que hacer en medio de tanta abundancia y ello me llene de ansiedad al no saber qué hacer con tanta riqueza. Lo mismo se aplica a las discusiones del carácter desmesurado de la técnica: ni ignorando los progresos conseguidos por la ciencia desconociendo a su vez los avances de la técnica moderna y que ello signifique volver a la “edad de las cavernas”, ni asumiendo una actitud acrítica e irresponsable frente a la técnica que ponga en riesgo la vida misma del ser humano y de la mayoría de las especies del planeta.

En conclusión, la serenidad es más que simplemente un acto de voluntad, es una cuestión de actitud, una cuestión de formación de hábitos; es decir, de la forma sensata como habitamos y establecemos relaciones con nuestro entorno. Tal es la reflexión ética sobre la cual hay que detenernos, sobre todo en estos tiempos, en que lo “medio ambiental” se encuentra en el ojo del huracán.

Referencias

Aristóteles (1985) *Ética a Nicómaco*, Madrid: Editorial Gredos.

Descartes, R. (2003). *Meditaciones metafísicas y otros textos*. Madrid: Editorial Gredos.

Platón (2003). *Diálogos*. Volumen VI: Filebo. Timeo. Critias, Madrid: Editorial Gredos.

Held, K. (2012) “La serenidad como virtud de la época técnica”, en: *Ética y política en perspectiva fenomenológica*, Bogotá: Siglo del hombre Editores.

Heidegger, M. (1989). *Serenidad*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Heidegger, M (2007). “La pregunta por la técnica”, en: *Filosofía, ciencia y técnica*, Santiago de Chile: Editorial universitaria.